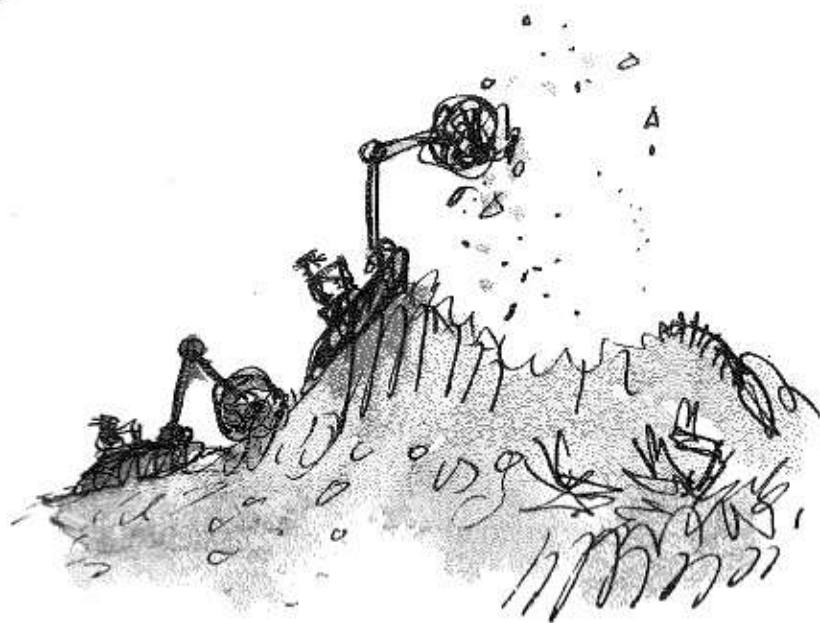
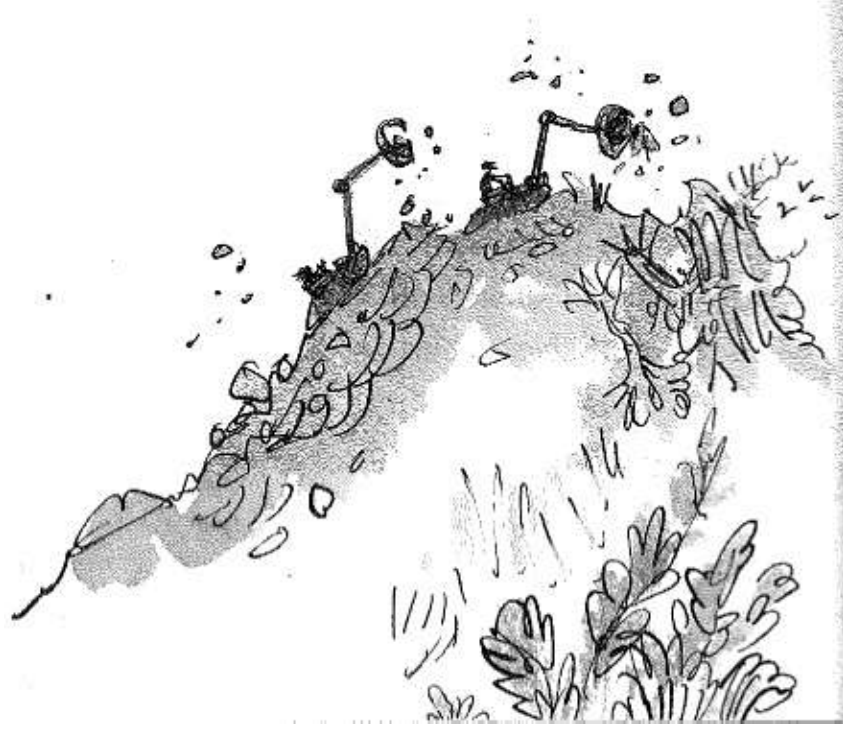


La carrera

Y así fue como empezó la carrera, una carrera desesperada: ¡las máquinas contra los zorros! Al empezar, la colina estaba así:



Después de una hora, las máquinas se habían comido un buen trozo de colina.

Y mientras tanto, nuestros zorros huían del espantoso ruido de las máquinas. A veces les parecía que las habían dejado atrás y don Zorro exclamaba triunfal:

—¡Ánimo, muchachos! ¡La victoria es nuestra!

Pero al momento volvían a oír el ruido de las máquinas, cada vez más intenso. Las pa-las de las máquinas se comían a bocados la tierra... kraj... kraj... kraj... hasta que de pron-

to el filo de una pala apareció por detrás, rozándoles el trasero a los zorros.

— ¡Deprisa! ¡Deprisa! — gritaba doña Zorra —, ¡no os paréis!

— ¡Deprisa! ¡Deprisa! — gritaba Bufón desde arriba —, ¡ya los tenemos!

— ¿Has visto al zorro? — le preguntó Benito.

— ¡No, pero me da en las narices que estamos muy cerca! — gritó Bufón.

— ¡Pues a por él! — dijo Buñuelo —. ¡Vamos a hacerle picadillo!

Al mediodía, la carrera continuaba. Ni unos ni otros se rendían.

La colina casi había desaparecido.

Los granjeros no querían parar para comer. Sólo pensaban en el zorro que se les escapaba.

— ¡Prepárate zorrete! — gritaba Buñuelo, asomado por encima de la máquina.

— ¡De ésta no te escapas!



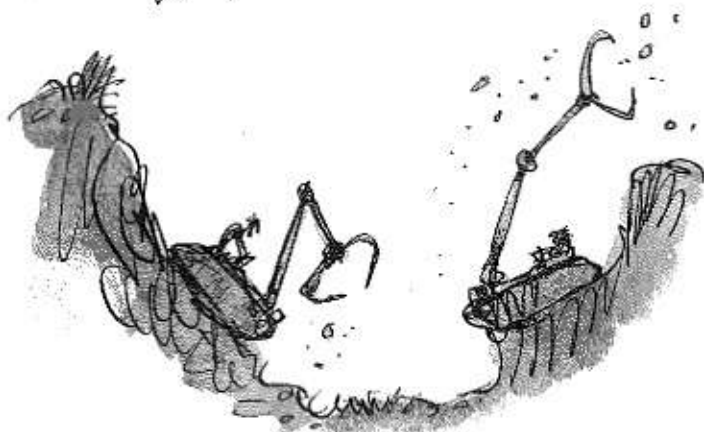
— ¡Don Zorro — se desgañitaba Bufón —, nunca más te comerás un pollo de mi finca, malvado!

Los tres granjeros se habían vuelto locos. Benito conducía su máquina a toda velocidad; Buñuelo saltaba sobre su máquina como si fuera un caballo desbocado; Bufón iba de arriba abajo gritando:

44

— ¡Más deprisa, muchachos! ¡Más deprisa! ¡Esto es la guerra!

A las cinco de la tarde, ya no quedaba ni rastro de la colina.



El hoyo, el boquete que habían excavado las máquinas, más bien parecía el cráter de un volcán. Era tan grande que la gente de los pueblos del valle se acercaba nada más que para verlo. Al llegar al borde del volcán la gente miraba para abajo y se sorprendía de ver a los tres granjeros en el fondo.

45

— Benito... Buñuelo... Bufón..., ¿qué demonios estáis haciendo?



— ¡Buscamos un zorro!

— ¡Estáis chiflados!

La gente se reía y les gastaba bromas. Pero eso les enfurecía aún más. Apretaban los dientes y gritaban:

— ¡Nunca abandonaremos la caza del zorro!



 ¡No se escapará! 

A las seis de la tarde, Benito apagó el motor de su máquina y se bajó del tractor. Lo mismo hizo Bufón. La verdad es que estaban hasta las narices de tanto tractor, de tanta tierra... y el zorro sin aparecer. Además, estaban muertos de hambre. Lentamente se acercaron a la boca del túnel de don Zorro. La cara de Benito estaba roja de ira. Bufón no hacía más que lamentarse de las malditas tretas del maldito zorro. Buñuelo estaba aún de peor humor.

—¡Por todos los diablos coronados del infierno! —exclamó, en cuanto llegó al agujero—, ¡ojalá te pudras, viejo zorro asqueroso!

47

—Y ahora —preguntó Bufón—, ¿qué demonios hacemos?

—No sé... —le contestó Benito—. Pero te diré lo que no hacemos: ¡no le debemos dejar escapar!

—¡Eso nunca! —exclamó Bufón.

—¡Nunca! —gritó Buñuelo.

—¿Me oye usted, señor don Zorro? —gritaba Benito, asomándose a la boca del túnel—. No nos marcharemos a casa hasta no verle colgado del rabo... ¡Seguimos en pie de guerra, para que se entere usted!

Y se juntaron los tres granjeros para hacer un juramento solemne: no regresarían a sus granjas hasta no haber dado muerte al zorro.

—Bueno, y ahora ¿qué? —preguntó Buñuelo, que siempre andaba despistado.

—Pues ahora... te meteremos a ti en el agujero para que agarres al zorro —le dijo en broma Benito—. ¡Pero no huyas, desgraciado!

48

—Piernas... ¡para qué os quiero! — gritaba Buñuelo corriendo a toda velocidad.

Benito se reía sin ganas. Cada vez que se reía, se le veían sus encías color violeta, como las de los caballos.



—En fin — musitó —, ya que este miedica no quiere ir... sólo nos queda una solución: esperar a que se muera de hambre. Acamparemos aquí y vigilaremos el agujero día y noche. Al final acabará saliendo... ¡si no quiere morirse de hambre!

49

Y resignados a no moverse de aquel lugar, mandaron a buscar tiendas de campaña, sacos de dormir... y ¡Una buena cena!

Los zorros pasan hambre

Y así fue como los tres granjeros acamparon junto a la colina. Las tres tiendas rodeaban el túnel del zorro. Y pronto estaban sentados alrededor de la lumbre, zampándose una succulenta cena. Bufón devoraba su comida favorita: pollo con patatas. Buñuelo se estaba poniendo morado con sus donuts rellenos de hígado... y Benito, por supuesto, empinaba el codo de lo lindo, dándole a la botella de sidra. Pero mientras comían, no dejaban de vigilar el agujero del zorro, sin separarse de sus escopetas.

Bufón se acercó al agujero con un pollo en la mano y le dijo al zorro:

51

—Je...je...je..., ¿no hueles comida, raposo? ¡Pues ven a buscarla!

Y la verdad es que el aroma del succulento pollo se filtraba por el túnel hasta llegar a las narices de nuestros amigos los zorros.

—Papá, papaíto... —dijo uno de los pequeños—, ¿por qué no nos dejas subir a robarle el pollo al granjero?

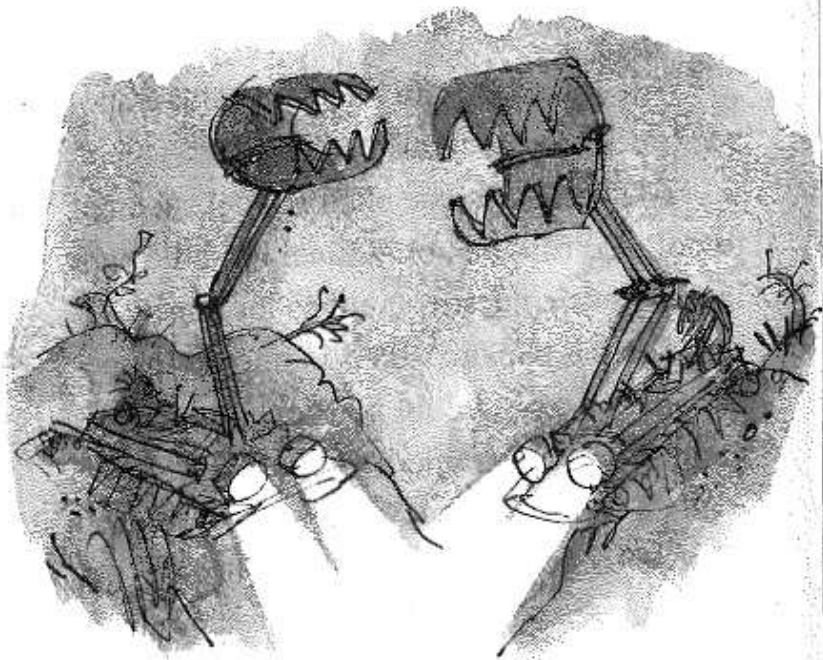
—Eso es precisamente lo que quieren ellos, le contestó su papá—, que subas... ¡para matarte!

—Pero es que estamos muertos de hambre —rezongó el hijito—, ¡no podemos aguantar más!

—Nada podemos hacer... ¡sólo esperar! —concluyó el papá.

Al caer la noche, Benito y Buñuelo encendieron las luces de sus tractores.

—Ahora —dijo Benito—, debemos turnarnos para hacer la guardia: uno vigila mientras los otros duermen.



—Pero ¿qué pasaría —preguntó Benito— si los zorros cavaran un túnel que llegase al otro lado de la colina? ¿A que no se te había ocurrido ese detalle, eh, don listo?

—Pues claro que se me había ocurrido —mintió Benito.

—Pues venga, dínos la solución para que no se escape —insistió Bufón.

Benito meditaba mientras se sacaba una pelotilla negra de detrás de la oreja. Por fin, le preguntó a Bufón:

—¿Cuántos peones trabajan en tu finca?

—Treinta y cinco —le contestó Bufón.

—En la mía, treinta y seis —dijo Buñuelo.

—Y en la mía, treinta y siete —agregó Benito—. Eso hace un total de ciento ocho hombres. Ellos se encargarán de rodear la colina, de forma que el zorro no tenga escapatoria. Cada hombre llevará una linterna y una escopeta y las órdenes serán de tirar a matar.

Pronto se supo el plan de los tres granjeros y sus hombres acudieron a la cita de la colina. Al llegar allí, se distribuyeron en círculo, de forma que rodeaban toda la colina. Llevaban palos y machetes y pistolas y escopetas y toda clase de horribles armas... que hacían imposible todo intento de escapada.

Al día siguiente, continuaba la vigilancia. Benito, Buñuelo y Bufón, sentados en sus ta-

buretes, continuaban el asedio de los zorros. Apenas pronunciaban palabra... Se pasaban el día mirando el agujero, como si estuvieran idiotizados...

De vez en cuando, don Zorro se acercaba a la boca del túnel para husmear. Pronto volvía junto a su familia y les decía:

—¡No hay nada que hacer... continúan allí los tres...!

—¿Estás seguro, maridito? —le preguntaba su señora.

—¡Y tan seguro! —afirmaba el zorro—. ¡A ese don Benito le puedo olfatear a un kilómetro de distancia... huele que apesta!

Don Zorro tiene un plan

Habían pasado tres días, con sus tres noches, y todo continuaba igual: ni don Zorro ni los granjeros se daban por vencidos.

—¿Cuánto tiempo puede estar un zorro sin comer ni beber? —preguntó al fin Bufón.

—Ya debe de estar en las últimas... —aseguró Benito—. Seguro que en cualquier momento intenta una salida desesperada.

Benito llevaba razón. En el fondo del túnel los zorros estaban a punto de morir de hambre.

—Papá, papá, tengo sed... —gemía un zorrillo.

56

—Papá, papá, tengo ganas de salir de aquí... —gritaba otro.

—Papá, papá, no aguanto más... voy a asomarme fuera, pase lo que pase —protestaba un tercer zorrillo.

—¡Ni hablar! ¡De aquí no se mueve nadie! —bramó don Zorro—. Antes que dejaros salir para que os maten esos granujas con sus escopetas, prefiero que todos nos muramos aquí dentro...



57

Durante largo rato, don Zorro permaneció en silencio. Cerró los ojos y se puso a pensar, sin atender a lo que decían los otros. Doña Zorra lo miraba y sabía que su marido estaba discuriendo un plan.

Por fin, don Zorro alzó la cabeza, se levantó. Los ojos le brillaban.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó la zorra.

—Hm... hm... estaba pensando..., —empezó don Zorro.



58

—¿El qué? —preguntó ansiosamente su esposa.

—¿El qué, papá? —corearon vivamente los zorritos.

—Estaba pensando que... —volvió a empezar don Zorro. Pero se detuvo y, moviendo la cabeza tristemente, añadió—: Pero no, no vale la pena.

—¿Por qué no vale la pena, papá?

—Porque mi plan consiste en continuar cavando el túnel... y está claro que después de tres días sin comer ni beber, ya no estáis para estos trotes.

—¡Pues claro que sí, papá!, —gritaron los zorritos corriendo hacia él.

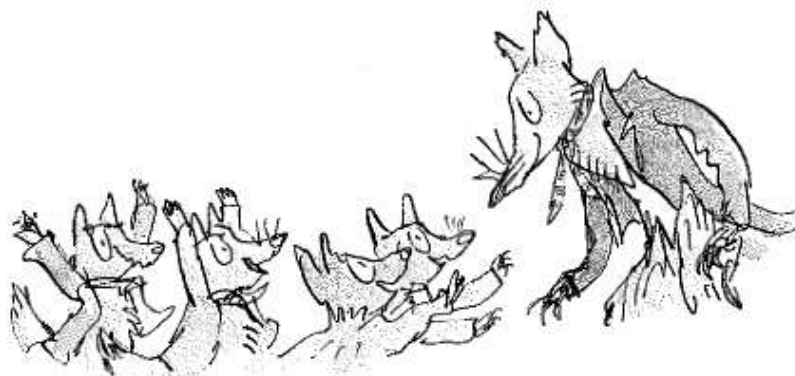
—Míranos. ¡Estamos en plena forma!

Don Zorro miraba a sus cuatro hijos y sonreía. «Tengo unos hijos formidables», pensaba. «Aquí, están, muertos de hambre, de sed, de cansancio... ¡y no se dan por vencidos! No les puedo defraudar».

59

—Bien, está bien. Supongo que no perdemos nada por probar... —dijo al fin.

Doña Zorra también trataba de levantarse... pero no podía. La falta de comida la había debilitado más que a los otros. Lo siento... —dijo por fin—, pero creo que no voy a poder ayudaros....



—Pues claro, amor, no faltaría más... —dijo solícito don Zorro—. Tú te quedas aquí, descansando... ¡Esto es cosa de hombres!